

► Francisco Javier Irazoki

“Me parece antipoético intentar aprisionar la poesía en el verso”

Hace tiempo que Irazoki se sabe un hombre libre que no imita “al perro sumiso ni al lobo gregario”. Consciente de que la poesía supera “las barreras de los géneros”, su último libro de poemas en prosa, *El contador de gotas*, derrama tanta nostalgia como certezas.

Dice Francisco Javier Irazoki (Lesaka, 1954) que encuentra tanta poesía en un libro de Blas de Otero “como en las fotografías de Chema Madoz, en los movimientos de la danza y en las imágenes de cualquier película de Satyajit Ray”. Más aún, le parece “antipoético intentar aprisionarla en el verso. No sólo la siento en la cima musical que llamamos Bach, sino también en los sonidos del dolor de Coltrane o en el grito errante de los gitanos. Los pocos acordes del blues son una habitación grande para la poesía”. Quizá por eso le sorprende la curiosidad que despierta *El contador de gotas*

(Hiperión), porque “no invento nada al escribir poemas en prosa. Enseguida pienso en *Los cantos de Maldoror* de Lautréamont, en *Ocnos* de Cernuda”.

Pregunta. ¿Es este su libro más autobiográfico?

Respuesta. En realidad, todos mis libros son autobiográficos. Cuando escribo, arrinconó la fantasía que uso en mis diálogos familiares. Todavía ignoro cómo se describe literariamente lo que no me ha ocurrido.

P. ¿Cómo elude en esta obra las trampas de la memoria?

R. Mi memoria no necesita hacer trampas; resiste fortalecida por la gratitud. Tuve la buena

suerte de nacer en una familia económicamente modesta. El objetivo de evitar las deudas educó mi mirada. Aprendí empatía por los hombres desfavorecidos. A menudo he sentido que la abundancia puede desorientarnos. En ese ambiente compartí asombros con una hermana que me regaló ensayos de Octavio Paz, cuentos de Borges, poemas de Aleixandre. Nuestra humildad estaba rodeada por una Naturaleza poderosa y bella. Había que esforzarse mucho para conseguir la tosqueda. Lo difícil era no ser poeta.

P. A menudo ha afirmado que la duda es la base de mu-

chas de sus convicciones. ¿Qué aporta la duda a este libro?

R. A su manera, mi padre me dio una linterna: la duda. Es una linterna que emite preguntas. Me ha servido contra la oscuridad de las sectas políticas o religiosas. A veces envuelta en una ligera capa de ironía, la duda está en el centro de casi todas mis páginas. También en las de *El contador de gotas*. Aporta equilibrio frente a los fervores. Puse en una línea del libro *Ciento noventa es-*





BARBARA LOVER

pejos mi única convicción que prescinde de la duda: el goce de no tener tiempo para el odio.

MAESTROS Y AMIGOS

P. ¿Qué importancia tienen en esta obra Blas de Otero, César Vallejo, a los que cita y rinde homenaje? ¿Y Jorge G. Aranguren y Aramburu?

R. Como digo en uno de los textos, estudié con lupa tres asignaturas del maestro Blas de Otero. Sus libros *Ángel fieramente hu-*

mano y *Redoble de conciencia* fueron faros para mi adolescencia. Su tercera asignatura fue el error. Al mismo tiempo que sus poemas combatían con justicia la dictadura franquista, Blas de Otero elogiaba las tiranías soviéticas. Me refugié en la lucidez coherente de Camus. Vallejo no me decepciona nunca. Sin ser un esclavo de la música, Jorge G. Aranguren tiene la ética concentrada en el oído. Rodeado de libros de autores clásicos y ma-

nuales de gramática, nos comunica los matices de la lengua española. Se han cumplido cuarenta años de mi trato constante con Aramburu. Dejando a un lado su gran valía literaria, defino a Aramburu con sólo tres palabras: la bondad divertida.

P. ¿Qué precio ha pagado por no imitar “al perro sumiso ni al lobo gregario”?

R. Defiendo, desde hace cuatro décadas, una ideología muy concreta: rechazo todos los grados de la crueldad. Con esta elección me veo lejos de las fiestas de la tribu. Por

eso inicio *El contador de gotas* con un aforismo de Ramón Eder: “Sin compasión no hay cordura”. Y lo cierro con una cita de Ramón Andrés: “Morir fuera del himno”. La independencia contiene una recompensa. Me ha dado la serenidad que no necesita más premios.

P. No faltan alusiones en el libro a la violencia etarra, como en “Brindis a la oscuridad”. ¿No cree que nos hemos apresurado demasiado en pasar página?

R. El olvido sólo servirá para sepultar la justicia. Sin el reconocimiento del daño hecho, sin la crítica clara contra décadas de delaciones, crímenes e indiferencia, el País Vasco estará condenado a una prosperidad hueca. El primer paso para llenar ese vacío inmoral es acercarse a las víctimas del terrorismo y compartir su dolor. El segundo paso consistiría en rechazar la comunicación engañosa. No existe ninguna grandeza cuando oscurecemos el lenguaje para esconder la culpa. Propongo la transparencia expresiva. Lo otro es brindar insensiblemente por *Alicia en el País de las Sidrerías*.

P. ¿Sigue creyendo en la poesía como “una intensidad de la mirada que despierta a la conciencia”?

R. Sí. Lo escribí en *Orquesta de desaparecidos*. Digo en el texto que “los días que viví se han unido y hablan en voz baja. Antes que yo empiece a escribir, ellos susurran: la poesía no es una delicadeza decorativa” y añado la frase que usted menciona. Pero, cuidado, se trata sólo de una certeza íntima. De ahí que mi experiencia hable “en voz baja”. **NURIA AZANCOT**